



DIARIOS DE ÁFRICA

Rubén Roche

DIARIOS DE ÁFRICA



Primera edición: septiembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Roche

ISBN: 978-84-19439-64-2

ISBN digital: 978-84-19439-65-9

Depósito legal: M-23952-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dicen que muchos de los hombres blancos que pasaron por África de alguna manera contribuyeron a formar parte de su historia escribiendo un libro. Parece que los impulsase una incontenible necesidad de escribir sobre ella. Tal vez sea África el más literario de todos los continentes por lo que tiene de paraíso perdido, pero sobre todo por la enorme sensación de aventura que despierta en sí misma.

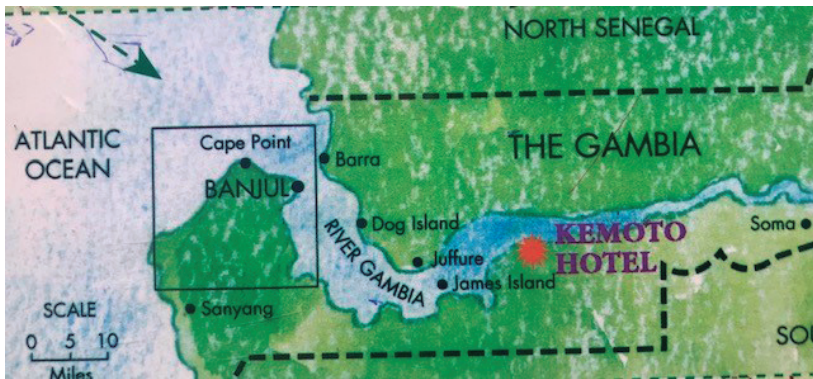
De tal manera que, sintiéndome en deuda con ella, también quise aportar mi granito a ese inmenso continente que desde bien joven me acogió y con el tiempo me brindó la posibilidad de ir descubriendo poco a poco sus matices, su fauna, sus paisajes, sus gentes.

Dicen que quien visita África durante una larga temporada no es el mismo a su regreso, algo cambia en su interior que le mantiene intrínsecamente ligado de por vida, emocional y sentimentalmente. Pude comprobarlo en mí mismo, aquellas tierras me calaron hondo desde un principio, con el tiempo ayudaron a conformar mi carácter, definieron mi personalidad, me enseñaron a ser más humilde, más tenaz, más observador y, en cierta manera, más humano.

Es por ello por lo que después de casi una vida dedicada a viajar, visitando numerosos continentes, uno siempre elige volver, ansía regresar; de alguna manera, es como retornar a casa, extrañas sus paisajes, sus aldeas, a sus etnias, incluso hasta su imperturbable y desesperante calma. En definitiva, añoras todo su conjunto y es que, por encima del resto de continentes, África siempre es diferente, África es única, África siempre te da más.

De tal forma que, debiéndole tanto, rendirle este pequeño homenaje es una manera de agradecer en parte todo lo que ella durante tanto tiempo me dio. Este es mi pequeño legado a ese gran continente negro llamado **ÁFRICA**.

PRIMER DIARIO
DIARIO DE GAMBIA
ENERO DE 1994



Recuerdo que desde pequeño los mapas me hipnotizaban, eran como un salto al vacío en mi propia imaginación. Visualizaba, ensoñaba y forjaba historias dando rienda suelta a mi fantasía... ¿Qué habría en aquellos yermos territorios de la Siberia sin ciudades alrededor o en ese tórrido desierto del Sahara que ocupaba semejante espacio en el centro del mapamundi? Dejaba mi imaginación correr y esta siempre me llevaba lejos, a algún lugar de ese mapamundi que decoraba la pared de mi habitación y que, en aquel preciso momento, estaba vacío, sin apenas chinchetas de colores que señalaran el haber puesto los pies más allá de los confines que demarcaba la península ibérica.

Con dieciocho años, al regresar de estudiar un año en el extranjero, en plena adolescencia y en medio de un mar de dudas, opté por hacerle caso al corazón y me decanté por estudiar Turismo y empezar a clavetear en serio aquel mapamundi de mi cuarto. Tras los tres años de carrera y durante la ineludible obligación entonces del servicio militar, fue cuando me planteé más seriamente el hecho de hacer la maleta y dejarme llevar lejos, donde el destino quisiera llevarme. Confeccioné mi *curriculum vitae* y lo envié a decenas de compañías navieras por todo el mundo, ofreciéndome como tripulación para enrolarme en el trasatlántico que fuese con tal de ver nuevos horizontes. Pero aquello no dio el resultado esperado y, tras meses de angustiada espera, apenas me contestaron un par de compañías para decirme que no disponían de vacantes en ese momento, pero que contarían conmigo para futuras convocatorias.

Pasaban los días y aunque la situación no hubiese variado un ápice, tampoco se había resentido mi moral y mis ganas por zarpar continuaban intactas. No obstante, si algo había aprendido durante la experiencia de aquel año escolar en el extranjero era que, para progresar, continuar aprendiendo y tener experiencias de vida era imprescindible y necesario hacer sacrificios y abandonar la zona de confort. No quedaba otra que armarse de valor e ilusión e ir literalmente a comerse el mundo... Pero la realidad era que la maleta seguía en el armario, la cuenta del banco en números rojos y aquel mapamundi continuaba con media docena de países claveteados.

Un día en casa, sin esperarlo, sonó el teléfono, me llamaban de la Escuela de Turismo donde había cursado estudios. En la bolsa de trabajo habían recibido una oferta de trabajo que cumplía de lleno mis expectativas, la de irme muy lejos; de hecho, me iba de director de hotel a Gambia, en África. Era una oferta irrechazable, un fulgurante comienzo para un chico de apenas veintitrés años con ansias de seguir aprendiendo y formarse. Encima, el avatar del destino quería que fuera en aquel continente que había idolatrado e imaginado tantas y tantas veces a través de mis lecturas en la adolescencia.

Sin saberlo, iba a ser el comienzo de una gran aventura.

1.

BANJUL Y LA COLONIA ESPAÑOLA

La primera imagen de África, incluso desde la ventanilla del avión en la aproximación al aeropuerto, impresiona ya en gran manera. Aquella tierra arcillosamente roja, las casas diseminadas con sus tejados vestidos de oxidada hojalata de cinc, los manglares del río Gambia vistos desde arriba y aquella inolvidable bocanada de calor húmedo que te recibe y da la bienvenida al trópico al descender las escaleras del avión son inolvidables. Todo es diferente, impactante, nuevo a los sentidos. El bullicio de la gente, el olor a especias, la humedad del trópico, las enormes nubes del azulado cielo africano, el vistoso colorido de los trajes de las mujeres africanas. Todo conmueve y emociona la primera vez, como formando parte de una coral que provoca los sentidos y llama la atención en demasía.

Los trámites de migración en el vetusto aeropuerto de Banjul llevaban su tiempo en el año 1994 y mucho más aquí, en África, donde apenas nada estaba mecanizado y todo se hacía de forma manual. Así que, tras estampar el sello de bienvenido a Gambia en mi pasaporte y recoger mis maletas de la hilera del suelo donde estaban apiladas, una enorme caterva de gente se amontona tras la puerta de llegadas. Entre los saludos, abrazos y jolgorio reinante, veo a un africano que sostiene un cartel con mi nombre escrito.

—Bienvenido, señor Roche. Soy Diawara, su chófer. ¿Qué tal su vuelo?

Allí estaba Diawara, con su Land Cruiser todoterreno y yo listo para empezar aquella aventura que me había de llevar al hotel Kemoto.

Recuerdo aquella carretera atestada de tráfico, gente caminando entremezclada con las bicicletas que circulaban por las estrechas márgenes de la vía, ver a gente dormitando, hecha un ovillo, en las mismas carretillas utilizadas para portar materiales de construcción; observaba aquellos enormes contenedores de 40 pies llenos absolutamente de todo y que hacían las veces de improvisadas tiendas en los arcones de la misma carretera. Todo llamaba exageradamente mi curiosidad. Por una vez no me importaba lo más mínimo la lentitud del tráfico, así mi cabeza podía empezar a procesar, que no entender todavía, lo que eran los trazos de aquella sociedad completamente anárquica sumida en aquel desorden sin concierto alguno.

Los acontecimientos se iban desarrollando con celeridad dentro de esa pasmosa calma africana. Reuniones aquí, presentaciones allá, llevaba casi una semana en la caótica urbe de Banjul sin parar de realizar gestiones, papeleo y burocracia. En mi interior me moría de ganas por entrar en acción, por conocer sobre el terreno el hotel Kemoto, motivo que me había llevado hasta allí, y por ponerme a trabajar cuanto antes.

Eugenio, un enorme asturiano que hacía las funciones de director comercial y al que todos apodaban *Keno*, me repetía que tuviera paciencia, que todo llegaría a su tiempo, y me recordaba, no sin parte de razón, que al final la tranquila y llevadera vida en el páramo, donde se situaba el hotel, a doscientos y pico kilómetros de la capital, haría que más tarde echase de menos estos días de correteo y bullicio en Banjul.

Keno, era un bonachón con cierto aire de pirata, como la mayoría de españoles que acababan asentándose en el país para hacer negocios y a los que todos se les advertía un cierto pasado oscuro. Eugenio era un tipo afectuoso, distendido y con bastante don de gentes. Era mi anfitrión en aquel desconocido y novedoso

entorno, se desvivía por ponerme en antecedentes, por contarme y aconsejarme desde el principio, haciéndome partícipe e intentando desgranar y hacerme entender el complejo y enrevesado mecanismo de los negocios en África.

Una tarde, en la oficina de Fayara en Banjul, apareció el gran jefe, don Francisco, como le gustaba que le llamasen.

—Hola, Rubén, ¿qué tal el viaje?

—Bien, bien, todo bien, con ganas de empezar a trabajar en el hotel.

—Bueno, ya habrá tiempo de todo. Espero que Eugenio te esté poniendo al corriente.

—Sí, claro, en eso estamos —exclamé yo.

—En principio, mañana por la mañana saldremos todos juntos hacia el hotel para que te sitúes sobre el papel.

—Claro, don Francisco. No podían ser mejores noticias, estoy deseando.

—Pues nada, prepárate, que en un rato salimos a cenar.

Las luces y las sombras se cernían sobre la destartalada ciudad de Banjul. La agitación y efervescencia tan propias de las ciudades africanas, donde la caótica actividad transcurre en sus calles y mercados a plena luz del día, declinaba y se daba un descanso por unas horas hasta el día siguiente. El céntrico y bullicioso mercado de Serrekunda languidecía estas horas con sus puestos cerrados, apenas sostenido por los itinerantes puestos de comida nocturnos y el incesante tránsito de los dala-dalas, vetustas furgonetas atestadas de gente que hacen las veces de servicio de transporte y que nacían y morían en ese punto en su incesante trasiego de viajeros durante todo el día. A mis ojos, todo era nuevo, diferente y distinto a lo que hubiera visto en mis recientes veintitrés años de vida.

El choque cultural de los primeros días en un país africano a ojos de un occidental es tan severo que nada deja de sorprender e impresionar en cualquier momento. El trayecto hacia el restaurante discurría por calles oscuras, huérfanas de cualquier atisbo de alumbrado público y por donde a esas horas lo único que deslumbraba eran las linternas de los policías en los diferentes *checkpoints*, o

controles alternativos, diseminados caprichosamente por la ciudad y que te obligaban casi siempre a disminuir la marcha y detenerte para el improvisado cuestionario.

—Buenas noches, ¿a dónde van?

—Buenas noches, agente. Vamos hacia el Afra Café, vamos a cenar.

—Muy bien, enséñenme su documentación y los papeles del coche —interpeló el policía en actitud inquisitoria.

—Por supuesto, agente —respondió don Francisco—. De todas formas, tenemos un poco de prisa, vamos hacia una cena de negocios, tenemos previsto reunirnos con Mr. B. B Darboe, el ministro de Finanzas, y no querríamos hacerle esperar. De todas formas, si insiste en verificar nuestra documentación o incoarnos una sanción, cumpla con su obligación, aunque sin duda demoraría nuestros planes de reunirnos a tiempo con el ministro y no tendría más remedio que pedirle su nombre y número de placa para poder justificar mi retraso.

—O. K., continúen por esta vez y no hagan esperar más al ministro —exclamó el policía.

—Gracias, agente. Buenas noches.

No siempre se suele salir tan airoso de los controles policiales nocturnos, pero a don Francisco, abogado mercantil de profesión, estos lances le resultaban entretenidos y los solía sortear con picardía y soltura. En un país tan pobre como Gambia y, por extensión, en la mayoría de países de la África Occidental, donde las fuerzas del orden tienen salarios ínfimos, son habituales estos controles, o más bien escaramuzas nocturnas de ámbito oneroso donde los abusos de poder y la corrupción campan a sus anchas a fin de completar de alguna manera los bajos sueldos policiales.

Aunque sonara a ingeniosa excusa para eludir aquel control, en absoluto era falsa; de hecho, íbamos camino de reunirnos, aunque de forma informal, con el ministro BB Darboe, que formaba parte del accionariado directo del hotel Kemoto. El establecimiento de cualquier empresa en suelo gambiano obligaba implícitamente entre sus requerimientos a tener entre sus accionistas un 15 % en

posesión de un naturalizado del país. Qué mejor movimiento que ofrecerle esa parte directamente al ministro de Finanzas del país y que este se encargase personalmente de liberar de trabas burocráticas y obstáculos el tortuoso y accidentado camino que suele suponer la formalización de un nuevo establecimiento hotelero, tratando de hacerse un hueco en el ámbito del turismo en Gambia.

Don Francisco quería que conociese de primera mano al ministro y que tuviera su número agendado por si hubiera que hacer uso de él en última instancia. Al fin y al cabo, el único que estaría al frente de la gestión del hotel era yo, pues tanto Eugenio, el director comercial, como Francisco residían en Tenerife y tan solo se desplazaban a Gambia de forma puntual en sus agendas.

El Afra Café era el punto de encuentro nocturno de la avezada colonia de residentes españoles en Gambia. Este país africano a modo de escondite tenía una singular cualidad que lo hacía especial, carecía de extradición con España en materia de justicia. Eso, unido a su estratégica situación, apenas a un par de horas de vuelo desde las islas Canarias, y a su reducida extensión, al tratarse del país más pequeño del África continental, con apenas 11.000 kilómetros cuadrados de territorio, resultaba muy atractivo para gente que quisiera pasar inadvertida y de alguna manera tuviera sus motivos para esconderse.

Esa noche, dijéramos, fue mi presentación en sociedad a la poblada colonia española residente en Banjul. Entre aquella selecta compañía había desde traficantes de droga a gran escala en otra época, abogados corruptos, empresarios en busca y captura, constructores arruinados, asentadores de marisco y rufianes de todo tipo y calaña. Todos ellos, a base de tiempo, comidas, cenas, copas y confidencias, pasarían a ser irremediabilmente mi familia más cercana. Gambia era un pequeño país donde todo el mundo acababa por conocerse y Banjul, su capital, el patio de juegos donde todo acababa por desarrollarse en tiempo y forma.

Cuando vives en el extranjero inevitablemente de alguna manera u otra estrechas el vínculo con el resto de compatriotas, fuerzas

el encuentro, haces por verte, te apetece quedar, necesitas desahogarte, expresarte en tu propia lengua y poco a poco ese nexo se va haciendo más común. Se podría decir que era una forma de liberación y apoyo necesarios ante los problemas y vicisitudes que presentaba la vida cotidiana en África.

2.

KEMOTO HOTEL, UN DESPERTAR EN EL KIANG WEST

La carretera que conducía desde la capital, Banjul, hacia el interior del país serpenteaba angosta y estrecha, entre deslavazada e inexistente, convertida, dijéramos, toda ella en un inmenso bache. Recuerdo que el Banco Mundial, que en el año 1.994 prestaba sus fondos para la mejora, fomento y construcción de infraestructuras y nuevas vías en esta parte del oeste de África, había decidido hacía tiempo subcontratar empresas de construcción europeas para dirigir y supervisar *in situ*, el desarrollo de los proyectos, en lugar de como antes, cuando entregaban millones de dólares a los gobiernos de dichos países con el fin de que ellos mismos los gestionasen y llevasen a cabo la acometida de las obras. En la mayoría de las ocasiones, dichos fondos acababan en los bolsillos de la corrupta elite política y cuando por decencia se realizaba alguno de los proyectos presupuestados a tal fin, el resultado no podía ser más deficiente y negligente en términos de calidad y durabilidad del mismo.

Así, no dejaba de sorprenderme que la carretera principal que cruzaba el país hacia su interior estuviese construida en una extraña amalgama de grava, conchas blancas y caracolas trituradas, todo ello mezclado con una leve capa de alquitrán que servía de pegamento. Aquella nueva vía, que apenas cinco años atrás se había estrenado entre vítores y aplausos de la población como el culmen

del desarrollo de la sociedad gambiana, languidecía ahora hecha añicos y claudicaba a las primeras de cambio ante las torrenciales lluvias de la temporada húmeda.

Giramos a la izquierda repentinamente dejando la maltrecha carretera, adentrándonos ahora por una rojiza pista arcillosa, atravesando pequeñas pedanías donde los paisanos trabajaban a esas horas bajo el sol abrasador en los cultivos de cacahuete, los muchachos correteaban bajo la enorme sombra de los florecidos baobabs y las mujeres recogían el agua del pozo vestidas en llamativas telas de color. Apenas pestañeaba, todo era nuevo, diferente, distinto, toda una estimulación a la vista de la que no quería perderme detalle. Ante mis ojos se expresaban con la máxima naturalidad el costumbrismo y el perfume del África rural en toda su esencia.

El hotel se situaba en uno de los meandros del caudaloso río Gambia, rodeado de sabana y surgido como de la nada apenas un par de años atrás. En conjunto resultaba un lugar pintoresco, una enorme piscina en forma de riñón dominaba el espacio central, rodeada de árboles y jardines donde toda una legión de jardineros se afanaba cada día por mantener su esplendor. En torno a ambos lados de la piscina se disponían las cincuenta habitaciones con las que contaba el hotel, sencillas en su construcción, pero acogedoras en su interior, sus techos de caña trenzada le otorgaban un marcado aroma al trópico. La zona de bar-comedor se situaba a la sombra de una enorme techumbre cónica, flanqueada por grandes baobabs a los lados. En la retaguardia del comedor, el porche daba acceso a un largo pantalán que hacía las veces de embarcadero por donde llegaba la mayoría del flujo de turistas al hotel; de esta manera, haciéndolo por el río, evitaban las penosas condiciones de tenerlo que hacer por carretera.

Eugenio, mi anfitrión, se esmeró bastante en una puesta en escena bastante efectiva a la hora de las presentaciones. A mi llegada al hotel, el personal, vestido en sus uniformes de trabajo, me otorgó una cálida bienvenida y una próspera colaboración para el futuro. Los discursos de buenas intenciones y demás actos proto-

colarios se tradujeron en varios idiomas al objeto de que todo el mundo captase el mensaje adecuado. El idioma oficial en el país es el inglés, aunque con anterioridad fue el francés; no obstante, la mayoría de trabajadores tan solo hablaban el mandinka, dialecto principal del país y mayormente hablado en la zona por ser la etnia predominante del Kiang West, lo que me obligaba a buscar apoyos en ciertos trabajadores que dominaban el inglés para que mi mensaje llegase al resto a través de ellos. Evidentemente el trabajo no iba a ser fácil, pero contaba con las ganas y la ilusión del comienzo de un proyecto. Para mí aquello era todo un sueño hecho realidad: salir de casa, mi primer trabajo, conocer nuevas gentes, otras culturas; era, sin duda, un vuelco al corazón.

La vida y los días, por lo general, transcurrían sin sobresaltos en el hotel Kemoto. Tampoco teníamos muchos clientes, pero lo cierto es que un hotel como este era como tener una inmensa casa en medio del campo, siempre había cosas por hacer, conflictos que solucionar, nuevas ideas y proyectos que desarrollar; en fin, no se paraba de hacer cosas en todo el día.

Las diferentes estaciones a las que nosotros estamos acostumbrados en Europa se reducían aquí apenas a dos, la temporada seca y la de lluvias. Mi llegada al país en enero de 1994 coincidió con el final de la estación seca. Una enorme tromba de agua bautizó y abrió paso a una nueva temporada de lluvias. Recuerdo que no dejó de llover durante días, la sequedad del terreno y la aridez de los cultivos filtraban a borbotones, como nutriéndose de aquel diluvio que era esperado desde hacía meses. El repentino aguacero inundó por igual las madrigueras y oquedades donde hasta entonces se guarecían los escorpiones, que como un azote aparecieron en escena de un día para otro, invadiéndolo absolutamente todo, como si de una plaga maldita se tratase. Daba pánico caminar por el hotel durante esos días, aquellos artrópodos de color negro azabache y costumbres noctámbulas deambulaban a su antojo ahora y a todas horas por las diferentes estancias y habitaciones del hotel, intimidando y provocando que los pocos clientes que había en el

hotel lo abandonarían, huyendo presos de la histeria. Evidentemente yo no sabía qué pasaba ni había vivido situación semejante; es más, nunca hasta entonces había visto un escorpión. En ciertas ocasiones la mejor solución es dejarte guiar por las recomendaciones y consejos de la población local, seguramente más acostumbrada a vivir este tipo de episodios. De tal forma, los jardineros me dijeron que tal y como habían aparecido de improviso en escena, desaparecerían igualmente en unos días sin dejar rastro, y así fue, quizás fuera el tiempo en que tardó en secarse el terreno inundado o el que tomaron en encontrar nuevos escondites donde guarecerse. Lo cierto es que, a pesar de que la temporada húmeda no había hecho sino comenzar, aquel misterioso suceso no se volvió a repetir más durante mi estancia en el hotel.